

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 15 DE AGOSTO DE 1909

NÚMERO 85



EL RETRATO DEL RADJAH

En otro tiempo habitaba en un país de la India un príncipe llamado Pannah. Su poderío dominaba hermosas comarcas, y millones de súbditos vivían felices bajo su cetro, porque poseía incalculables riquezas y las empleaba generosamente en la dicha de su pueblo.

Pannah, cuyo palacio tenía cámaras llenas de oro y cofres des-

Ayuntamiento de Madrid

bordantes de piedras preciosas, había subido al trono cuando contaba veinte años de edad; acababa de cumplir los veinticinco cuando, con gran alegría de sus súbditos, anunció que pensaba casarse, y que habiendo oído hablar de la maravillosa hermosura de la princesa Ihamalika, prima suya, la había elegido por esposa.

En todas partes se prepararon festejos, mientras que el primer ministro, acompañado de un brillante séquito, partía como embajador llevando magníficos regalos. La joven princesa habitaba con su madre en la provincia más lejana; nunca había visto al Radjah, del que todo el mundo decía que era bravo, generoso y muy inteligente; y como en aquel tiempo no había ni fotografías ni periódicos, ella en su imaginación le adornaba con todas las cualidades físicas.

Además, la fama la había hecho conocer las inmensas riquezas y los tesoros de piedras preciosas que él poseía. Cuál no fué su asombro, cuando el embajador, prosternándose ante ella, la dijo:

—Princesa: ved delante de vos al enviado de Pannah, el príncipe magnánimo, que se digna ofrecer os su trono y os ruega que aceptéis sus presentes. Las fiestas de vuestra boda se preparan ya y tengo orden de conducir os al lado de mi amo, así como á la princesa, vuestra madre.

Ihamalika se apresuró á ponerse en camino escoltada por el embajador y su acompañamiento. En su capital, que estaba empavesada, la esperaba Pannah en el umbral de su palacio. Apenas le hubo mirado Ihamalika, cuando volvió la cabeza y no supo qué responder á los cumplimientos que la dirigía.

El joven príncipe tenía aire noble y facciones agradables... pero era tuerto del ojo derecho y además tenía un brazo más corto que el otro.

Después de las primeras galanterías, encargó el príncipe á Mildah, su hermana de leche, que condujera á la futura reina y su madre á sus habitaciones. Mildah, como todo el mundo, se había regocijado con el casamiento del príncipe, al que amaba entrañablemente; pero la marcha altiva y la mirada orgullosa de Ihamalika no la agradaron. Guiada por un presentimiento, se quedó cerca de la cámara de la princesa, la que, creyéndose sola con su madre y como no era nada buena, estalló en violenta cólera.

—¡He aquí, en verdad, un hermoso prometido!—dijo.—Nunca consentiría en casarme con él si no fuese Pannah el príncipe tan poderoso, y sobre todo, tan rico. Pero su audacia es grande al pretender una mujer como yo, y he de enseñarle que no se casa un hombre tuerto sin imponerle buenas condiciones.

—Ten cuidado, hija mía—respondió la anciana princesa;—su cólera puede ser temible... y quién sabe si él conoce su fealdad.

—Hace falta que la conozca, y en seguida, como recompensa de mi sacrificio, me dará lo que tan ardientemente deseo: todos sus cofres de diamantes. No tengáis miedo, madre mía, que sabré portarme hábilmente.

—¡Pannah, pobre Pannah—murmuró Mildah huyendo,—qué desgraciado serás con esta mujer sin corazón, que ignora la bondad del tuyo!

La anciana princesa había adivinado: en aquella época sólo las mujeres se servían de pequeños espejos de mano. Pannah, al que su gran bondad hacía agradable á todos, sabía que le faltaba un ojo, pero no había adivinado el desagradable efecto producido por sus deformidades. Cuando fué á buscar á su prometida para conducirla á la sala en donde estaba preparado el festín, le recibió ella con su más encantadora sonrisa.

Continuará.



LAS BONDADES DE NINI

XXXIX

Jesús, qué *listura* tienen las madres! ¡Cómo habrán adivinado que fui yo la que puse las moscas allí!

—¡Pero madre...!—empecé á decir.

—¡Ya veo que el Niño Dios dice con los ojos que sí te perdonar, Nini!—contestó ella.—Pero también dice que necesitas enmendarte.

—¡Pues yo no veo ni oigo que diga esas cosas!

—Mírale muy fija... muy fija... sin cerrar los ojos, y verás como los rayos se mueven...

Yo lo hice así, y al cabo de un rato, cuando ya me dolían y me escocían los ojos de tenerlos tan abiertos, casi me pareció ver que si movía los ojos el Niño Jesús.

—¡Bueno, bueno, madre! ¡Estoy convencida! Quedamos en que ya no haré nada con las moscas... nada más que ponerlas dentro de la cama á Luz... ¿eh? ¿Me lo permite usted, madre Rosario? ¡Es tan miedosa Luz...! ¡Jesús, qué chica más tonta! ¡Será muy divertido el susto que se llevará...! ¡Atíza! ¿Por qué abre usted tanto la boca y se santigua, madre Rosario...?

—¡Por nada, hija, por nada!—contestó la monjita.—¡Es que no sé de qué pasta estás hecha, Nini; porque lo que es de pasta de ángeles, como todos los niños, no es!

Ellas dirán lo que quieran, pero el caso es que yo soy muy aplicada y aprendo muchas cosas; lo que me pasa es que me gusta reírme, y siempre estoy pensando cómo, y como las monjitas eso lo creen malo, por eso dicen lo de la *pasta* la madre Rosario; pero



yo no veo que tenga nada que ver la pasta de ángeles con los cucuruchos de moscas. ¡Me parece eso una tontería! En cambio doy mis lecciones ¡al pelo! sí, señor, ¡al pelo, y alza, pilili! Y además estoy haciendo á mi mamá una sábana con festón. ¿A que no sabe nadie lo que es festón? ¡Como que yo sé cosas que nadie sabe! El festón se hace metiendo la aguja y luego sacándola, y echando la hebra, y se forman así muchos picos, muchos picos, muchísimos picos; y luego se hacen unos boliches que llaman las madres *bodiques*; la sábana de mamá está ¡hasta allí! Luego la pondré un encaje debajo de los picos, y me dicen que tengo que hacer también yo el encaje; ¡eso sí que me parece más difícil!

El último día que estuvo á verme Piluca, la dije:

—Oye, tú eres una faltona; porque me has prometido un dulce hecho por tí, cuando estuve de vacaciones, y no lo traes.

—¿Pero no te lo traje?

—El último que me has prometido, no, y eso está muy feo; yo no hago nunca eso; de manera que soy más buena que tú. ¿Prometo una labor, como ahora la sábana á mamá? La hago. ¿Prometo una cachetina? La doy. Eso es formalidad, y no tú, Piluca.

—¡Carambita; vaya un sermón, Nini!—dijo Piluca.—Y el caso es que casi, casi, tienes razón.

—Yo siempre tengo razón.

—Siempre, siempre, no—dijo Piluca.

—¡Que sí!

—Bueno, pues sí. Por esta vez, al menos, te la concedo, y te prometo solemnemente un dulce, con la explicación correspondiente el primer día de visita.

—¡Qué gusto! ¿Y qué será?

—¡Ay, nena, no lo sé aún! Lo que es preciso es que tú no hagas alguna de las tuyas, y resulte que te quedes castigada y no te podamos visitar, como por poco ocurre hoy á causa de ciertas moscas enmascaradas...

—¿Quién es el chismoso que te ha contado eso?

—Pues... aciértalo.

—¡El Niño Dios!

—¡Ave María Purísima, qué atrocidad!

—¡La madre Rosario!

—Tampoco; ha sido una niña.

—¡Ya lo sé! ¡Luz! ¿La has visto? ¡Menudo puñetazo la voy á largar en cuantito la vea...! ¡Lechuza! ¡Habladora! ¡Acusona!

—¡Caracoles, Nini! ¡Buena ración de dulce te hace falta si se te va de *endulzar* el geniecito!

MARÍA ANTONIA OSSORIO Y GALLARDO.





RELATO DE CAZA

EN MAL DÍA

Con tanto gozo como los pájaros percibió Pepillo el resplandor del nuevo día que por las rendijas de la ventana de su cuarto entraba en forma de blanquecinas y luminosas flechillas. En seguida se levantó, se vistió, se fué á la cocina, donde su madre preparaba el almuerzo, y cogió en sus manos, con respetuosa adoración, una ballesta de mohoso alambre que en el mes que llevaba en su poder había hecho ya presa en los delgaditos pescuezos de doce gorriones. Con mucho cuidado, como si se tratara de cumplir las fórmulas de un sagrado ritual, pusota de cebo una miga de pan duro, y devorado el almuerzo á dos carrillos para concluir pronto, se salió á la calle. De uno en otro sitio anduvo vagando sin decidirse á colocarla en ninguno, por parecerle todos muy transitados y ruidosos, hasta que al fin llegó á un callejón compuesto de altas tapias y de un viejo y deshabitado caserón solariego con dos torres ruinosas en las esquinas y una gran puerta coronada por un balcón saledizo sobre el cual ergüíanse dos leones rampantes sosteniendo un escudo.

Aquel lugar era que ni de molde para el desarrollo de sus planes: así es que, sin perder momento, plantó la abierta ballesta frente á la claveteada puerta, y cubriéndola de estiércol de manera que no se vislumbrara ni el más pequeño trozo de alambre, se fué á la otra

punta del callejón para no infundir sospechas á los prudentes gorriones. Estos, que en las resquebrajadas paredes y en el corcovado tejado del caserón tenían magnífica morada, empezaron en seguida á revolotear. Pepillo se extasiaba contemplándolos. No se cuidaba del sol, que á ratos se mostraba entre las desgarradas nubes como un enorme fruto amarillento, ni del jaramago que en lo alto de las ruinosas tapias se mecía á impulsos de la brisa. En aquellos instantes valía para él más que el mundo entero uno de los pardos gorriones, que, dejando á sus compañeros, más cobardes ó acaso más avisados que él, se encaminaba hacia la ballesta. Ya había visto la miga y se acercaba á cogerla, cuando Pepillo vió doblar la esquina al tío Benito, el pobre ciego.

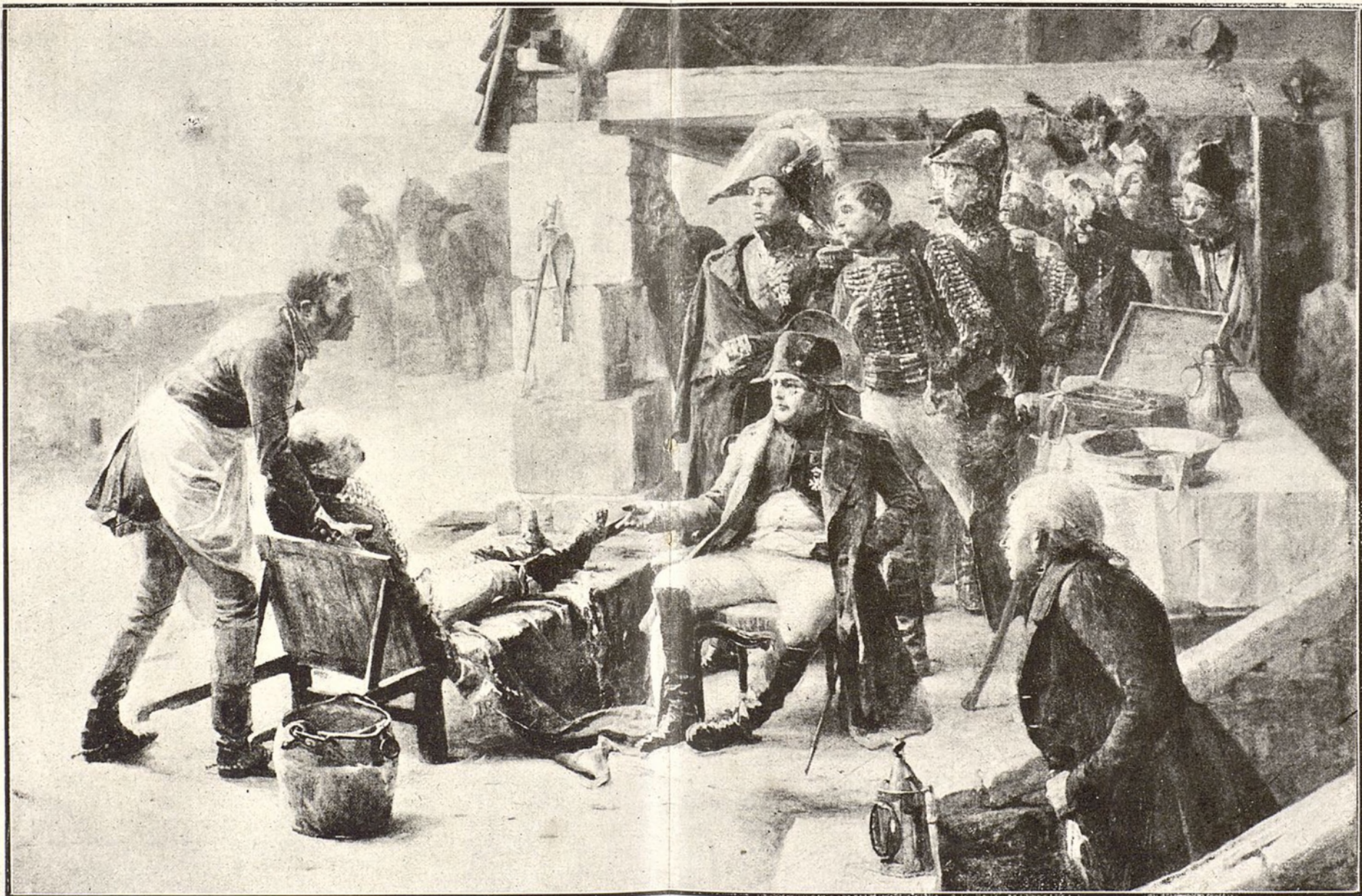
Orientábase éste dando palos en las paredes, y por lo tanto, inútil es decir que cuando entró en el callejón no quedó un gorrion en todo el suelo. Con ser esto malo, no fué lo peor, pues sucedió que poniéndose el ciego á contar su dinero, se le cayeron algunas monedas al llegar frente á la ballesta.

Ebrio de furor se puso á buscarlas, y en uno de los viajes fué la mano palpando hasta llegar á la miga, con lo que saltaron los alambres y le cogieron los dedos. Pepillo se acercó á él, y llorando y gritando se la pidió; pero el tío Benito, enderezándose porque ya había encontrado los caídos céntimos, le dijo, riéndose, con su negra y vinolenta boca:

—¡Mal día se te presenta! ¡El primer pájaro que ha picado se lleva la ballesta consigo...!



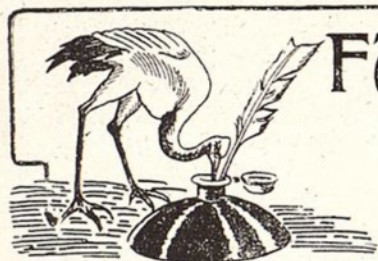
José A. LUENGO.



UN EPISODIO. CUADRO DE BOUTIGNY

Cuentan los historiadores que Napoleón acostumbraba a visitar los heridos, seguro de que su presencia infundía ánimos a los más decaídos. Después de la batalla de Ulm visitó a un viejo soldado herido que le seguía

durante todas sus campañas. El soldado se incorporó al verle, gritando: «¡Viva el Emperador!» .. «¿Es eso todo lo que tenías que decirme?», contestó Napoleón, colocándole sobre el pecho una de sus cruces.



FABULAS ESCOGIDAS

EL GATO Y EL TORDO

Un gato que nació entre la abundancia,
probando de la suerte la inconstancia,
que ya eleva, ya arrastra por el suelo,
tuvo amos más humildes que el abuelo.
Centinela de tarros de botica,
allí vió cual se maja, cual se pica,
y aprendió á hacer unguentos y potajes,
píloras y brebajes,
y á puro de escuchar al boticario,
doctor salió en farmacia extraordinario.
Dejóse la botica,
y á hacer experimentos se dedica.
Al poco tiempo anuncia unos polvitos
para dar á los tiernos pajaritos
y á las aves mayores
los más lindos matices y colores.
Un tordo pone en duda sus virtudes,
mas dice el gato: “¡ Es fuerza que así dudes
Venid, aves sencillas,
venid á contemplar mil maravillas.”
“No te esfuerces—el tordo le contesta;
á buen trecho, temien lo alguna fiesta—
tuviéramos por cierto tu relato,
cuando no fuera el vender un gato.”

*Aunque el perverso ofrezca la fortuna
y alzarnos á los cuernos de la luna,
viendo en su oferta venenosas redes,
todo el mundo renuncia á sus mercedes.*

EL BARÓN DE ANDILLA.



LA MÚSICA

III

Anteriormente he dicho que la música griega empezó á adquirir la importancia que más tarde tuvo cuando, separando el canto del acompañamiento, hubo que confiar cada parte distinta á un músico particular, y como era necesario cuidar más lo que los instrumentos tocaban cuando callaban las voces, empezaron á inventarse armonías y sonidos ligados y gratos al oído, propios para fijar la pública atención. Y con este motivo comenzó á formarse la teoría música griega y á dar á este arte el lugar que llegó á tener y que se demuestra en la definición que Pitágoras daba de la música, diciendo que era "la ciencia del orden en todas las cosas".

Los griegos llamaban armonías á la distinta disposición de los sonidos de la octava y tenían la armonía frigia (*do-re-si-la-sol*), la armonía dórica (*mi-re-do-si-la*) y la armonía lidia (*do-si-la-sol-fa*, sostenido). La teoría musical comprendía tres géneros principales, á saber: el diatónico, el cromático y el inarmónico. Estos datos se conocen por el contenido de varios fragmentos de tratados didácticos de música griega que han llegado hasta nuestros días, por los que se pueden apreciar las bases á que ajustaban el arte musical entonces conocido.

Pero el monumento más curioso que de entonces se conserva, es

la estrofa inicial de la primera *Pythica*, de Pindaro, encontrada en un convento de Mesina, y en cuya melodía ha creído encontrar el escritor francés Mr. Vincent completa igualdad con un canto de nuestra liturgia católica.

Nada original en música hicieron los romanos, y al principio no se les conoció otro instrumento más que la flauta, estimando como un gran honor el conceder á los generales triunfantes en las campañas un músico que les acompañase en los actos públicos y oficiales.

Cuando la decadencia de la república, ya había penetrado más el gusto de la música en las clases patricias de Roma, y los tocadores de cítara y de lira amenizaban los banquetes y los festines. La afición por este arte fué en aumento durante el Imperio (no hay que olvidar que Nerón se creía un cantante portentoso y que cantó muchas veces en público), pero los músicos célebres que en Roma hubo fueron todos extranjeros, y especialmente, originarios de la Grecia.

En la milicia usaban los romanos varios instrumentos: el cuerno, con que se tocaba retreta y las horas para las guardias nocturnas de los campamentos; la bocina, con la que se rendían honores á los generales; la trompeta, que tocaba llamada. El cuerno y la trompeta juntas daban el toque de ataque.

Derrocado el Imperio romano, se conservó en los monasterios y conventos la tradición musical y esto impidió que se perdiera lo poco que de ella se conocía. Los Papas protegieron esta tendencia, y San Gregorio concedió rentas á las escuelas de canto creadas por las iglesias, de donde ha venido el nombre de canto gregoriano dado al canto llano. Además un fraile italiano, Guido de Arezzo, inventó la notación musical tal como hoy se practica y dió á las notas los nombres que tienen en la actualidad, excepto el *si*, que se inventó en el siglo XVI.

Una corriente popular vino á vivificar la música en la Edad Media, y los trovadores adaptaron los cánticos vulgares, de villanos, á poesías amatorias y relatos de hechos guerreros.

Pero de todos esos elementos no salió la música, tal como se ha conocido después, hasta la mitad del siglo XVI, en que Palestina compuso obras religiosas, principalmente, con una variedad de formas melódicas desconocidas hasta entonces, viniendo tras él V. Galileo, que puso música á un episodio del Dante, y en donde hay que buscar el origen de la ópera; Monteverde, verdadero creador del drama lírico, yendo á continuación de estos nombres los de Scarlatti, Stradella, Pergolese, Paisiello, Cimarosa, de Italia; Juan Sebastián Bach, Handel, Gluck, Mozart, Beethoven, en Alemania; y más tarde, ya casi en nuestros días, el colosal Ricardo Wagner.

JUAN ANTON



ALFONSITO EL SABIO

(CONTINUACIÓN)

- TODOS. ¡Bah! ¡Ja, ja, ja!
- PERICO. ¡Vaya! ¡Ya se están burlando!
- JACOBO. No nos reímos de ti, sino de lo que dices.
- JACOBO. ¿Quieres jugar con nosotros? Vamos á apurar una letra.
- PERICO. Yo no entiendo de eso.
- RAFAEL. Sí hombre; ya verás qué cosa más fácil. Se escoge una letra, y todas las palabras que te pregunten, tienen que empezar con esa letra.
- PERICO. ¡Atiza! ¡Qué difícil!
- JACOBO. No, hombre, no. Verás. Dí una palabra que empiece con *ele*.
- PERICO. ¿Con *ele*? ¡Ele... Elena!
- TODOS. ¡Ja, ja, ja!
- PERICO. ¿He *marrao*?
- ALFONSO. Ya veis que este chico es un talento.
- PERICO. Yo no tengo estudios.
- ALFONSO. Ni falta que te hacen con ese talentazo.
- PERICO. Ya sé que soy torpe, pero bien me gustaría saber.
- RAFAEL. Que te enseñe Alfonsito, que sabe mucho.
- PERICO. ¡Toma! ¡Si él quisiera, ya lo creo!
- JACOBO. ¡Pobre muchacho! Debías hacerlo y así te distraerías en este destierro.
- ALFONSO. No me queda tiempo. Harto tengo yo con mis estudios para que me meta á des-
- RAFAEL. asnar á este ignorante.
- PERICO. Perico, ¿sabes tú cómo es de grande la luna?
- PERICO. Yo, no, señor; pero no parece cosa mayor.
- JACOBO. Porque está muy lejos.
- PERICO. También es verdad. ¡Pues tiene usted razón, que será por eso!
- RAFAEL. ¿Sabes tú lo que es un kilómetro?
- PERICO. Eso, sí, señor; lo que hay *dende* aquí al olivar del chorro gordo, que allí lo dice, en la carretera.
- RAFAEL. Pues bien; la luna tiene 38.000.000 de kilómetros cuadrados.
- PERICO. ¡Atiza! ¿Y quién la ha medido?
- JACOBO. Los sabios.
- PERICO. ¿Y cómo se las han arreglado *pa* medirla?
- ALFONSO. (*Guiñando el ojo á sus primos.*) Yo te lo explicaré. Subieron dos sabios en dos globos. ¿Tú has visto algún globo?
- PERICO. ¡Ya lo creo, y bien ma'os, que pasaron por aquí tres una tarde!
- ALFONSO. Pues uno de los sabios siguió subiendo, subiendo, hasta llegar á la luna y enganchó el extremo de una cuerda en uno de los cuernos de la luna, que estaba en creciente, ¿comprendes?
- PERICO. Sí, señor.

ALFONSO. El otro sabio subió por la otra punta y puso allí el otro cabo de la cuerda, y así la fueron midiendo.

PERICO. ¿Mismamente como se mide un solar?

ALFONSO. ¡Mismamente!

PERICO. ¿Está mal dicho *mismamente*?

ALFONSO. ¡Qué ha de estar!

PERICO. Como se reían como *endenantes*.

ALFONSO. Eso es, *endenantes*: muy bien.

RAFAEL. No; eso no. Eso está mal dicho.

PERICO. ¡Ah!

ALFONSO. Estaría mal dicho para uno de nosotros, pero para él...

JACOBO. Tiene razón mi hermano, Perico; se debe decir antes.

RAFAEL. Yo no corrijo á nadie, porque no me doy tono de maestro; pero cuando me preguntan una cosa no me gusta engañar á nadie.

PERICO. Y así debe ser.

ALFONSO. Gracias por la lección.

RAFAEL. No es lección, chico. A ti no te podemos dar lecciones. ¡Tú eres un sabio!

ALFONSO. No te ha resultado el chiste.

RAFAEL. ¡Qué le vamos á hacer!

JACOBO. ¡Ea! Vamos á jugar, y dejémonos de *tiquis miquis*.

ALFONSO. Ahí teneis á Perico, que os es tan simpático, si queréis jugar; yo tengo que estudiar un problema muy difícil y no puedo acompañaros. (*Coge una bicicleta que está apoyada junto á la puerta.*) Ahora mismo voy á internarme por los pinares hasta que encuentre un sitio solitario á mi gusto. Si papá pregunta por mí, decirle esto que os he dicho.

RAFAEL. Pero hombre, ¿no lo puedes dejar para pasado mañana? Hemos venido á pasar contigo un par de días y nos dejas.

ALFONSO. Lo siento; pero no puedo abandonar el estudio, que

tengo muy adelantado. Ahí queda Perico, que para jugar os servirá admirablemente.

RAFAEL. Como quieras.

JACOBO. Como gustes.

ALFONSO. Adiós.

RAFAEL. Anda con Dios.

PERICO. ¡Que usted siga sin novedad!

ALFONSO. Si papá pregunta... ya sabéis...

RAFAEL. Sí; ya sabemos. (*Alfonsito sale con la bicicleta.*)

ESCENA V

RAFAEL, JACOBO y PERICO

JACOBO. ¡Qué lástima de chico! Tan simpático que era y lo petulante que se ha vuelto.

RAFAEL. Se le han subido á la cabeza las matriculas de honor. ¡Qué orgullo!

PERICO. Eso que usted dice.

RAFAEL. No me llames de usted. A nuestra edad se tutca todo el mundo.

PERICO. ¡Andá! pues poco enfadado que se puso D. Alfonso porque le hablé de tú el primer día.

JACOBO. ¿Le llamas D. Alfonso?

PERICO. Me lo ha mandado él.

RAFAEL. ¡Qué ridículo!

JACOBO. ¡Qué cursi!

RAFAEL. ¡Don Alfonso!

JACOBO. ¡El sabio!

RAFAEL. ¡Es verdad! Tenemos que llamarle así: *Alfonsito el sabio*.

JACOBO. ¡Bah! Déjale con sus ridiculeces y vamos á jugar. ¿A qué sabes jugar, Perico?

PERICO. ¡Pues á lo que se juega aquí!

JACOBO. ¿Y á qué se juega aquí?

PERICO. Á la pelota, al peón, al toro, al paso...

RAFAEL. ¿Saltas mucho?

PERICO. Regular.

RAFAEL. Y yo. Puede que te gane.

PERICO. ¿Los señoritos sabéis saltar?

JACOBO. Los Alfonsitos puede que no, pero nosotros sí. ¿Quieres que probemos?

Continuará.

UNA EQUIVOCACION



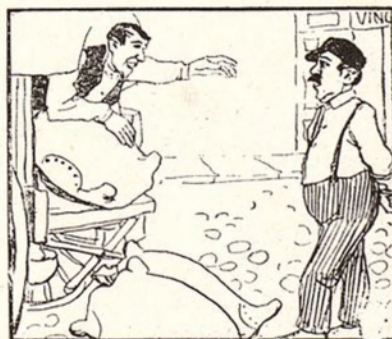
El tío Pepe, acreditado tabernero, esperaba una partidita de vino.



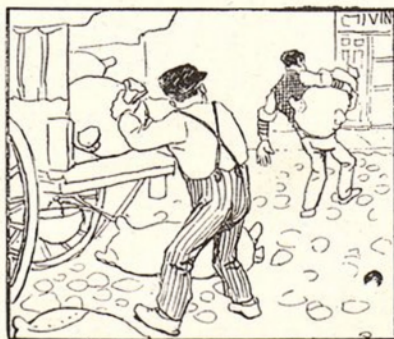
Y como tardaba un poco, se dió á pensar si le habríá ocurrido algo.



Al fin la divisó y se puso á bailar loco de alegría.



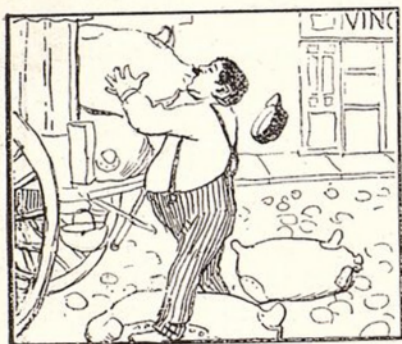
Disponiéndose á ayudar al chico en la tarea de descargar.



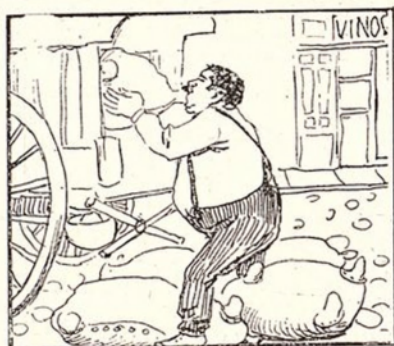
Así lo hizo, contemplando de paso la fuerza del muchacho.



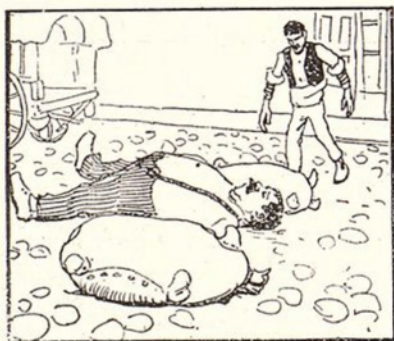
Ya tenía unos cuantos pellejos formados en el suelo...



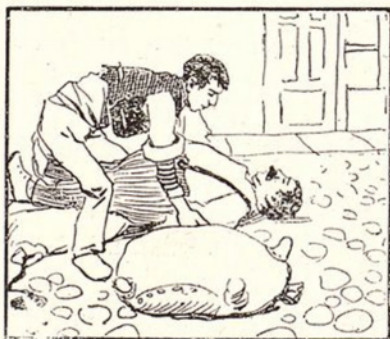
Pero sintió cansancio, y, sobre todo, sed rabiosa.



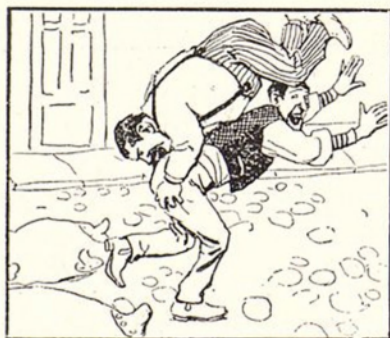
Que satisfizo inmediatamente bebiendo como un animal.



Tanto bebió, que cayó al suelo sin sentido, pero hinchado.



El chico, que venía en busca de otro pellejo, cargó con el tío Pepe.



El cual entonces recobró el sentido, asustando á su conductor, que estuvo á punto de perderlo.



Y el caso es que éste no se había equivocado... ¡Porque el tío Pepe estaba hecho un pellejo!